



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La paz frente a la amenaza de la guerra sucia

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1998). La paz frente a la amenaza de la guerra sucia. *Cuadernos Americanos*, 5(71), 12-18.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 71, (septiembre-octubre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La paz frente a la amenaza de la guerra sucia

Por Leopoldo ZEA
Vicepresidente, SEC

Las guerras nacen en las mentes de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz.

UNESCO

UNA PAZ QUE NO TENGA COMO ALTERNATIVA LA GUERRA, palabras pronunciadas en los inicios de la Sociedad Europea de Cultura por su creador Umberto Campagnolo, frente a la problemática que planteaba la guerra fría, una vez terminada la Segunda Guerra mundial en 1945. El temor a la guerra por la hegemonía de dos sistemas, el capitalista encabezado por los Estados Unidos y el socialista por la Unión Soviética, ambos triunfadores de la Segunda Guerra. Eran la alternativa, de libertad sin justicia social y justicia social sin libertad, tal como describe Norberto Bobbio, miembro fundador de la SEC y sucesor de Campagnolo en la presidencia: "Nos hallábamos ante el gran problema de nuestro tiempo, la división del mundo en dos bloques contrapuestos. La SEC no ha reconocido esta división. Sus miembros han manifestado la voluntad de no someterse al uno o al otro. No representa una tercera fuerza, contrapone a la razón de Estado, la razón de conciencia".

¿Por qué terminada la guerra fría se vuelve a plantear el problema de la paz que no tenga como alternativa la guerra? ¿Qué guerra? En 1989 terminó la guerra fría con la salida de la Unión Soviética y serán vanos los intentos del otro contendiente por declararse triunfador absoluto. Por el contrario, se perfila un mundo en el que la libertad y la justicia social puedan integrarse como valores ineludibles de lo humano. Pero se habla ya de un nuevo enemigo del que hay que proteger al mundo libre: los pueblos del Tercer Mundo; y el costo de un nuevo enfrentamiento resulta, sin embargo, caro para Europa y el Asia que están emergiendo en una nueva economía, la de mercado.

En 1991, en Padua, en la Asamblea Conmemorativa de la constitución de la SEC, se discutió el tema “Razón de Estado y razón del hombre a fines del siglo xx”. Se habló del triunfo de la razón del hombre. Fue mi primera participación en una asamblea de la SEC, de la que soy miembro desde 1953. Mi trabajo se tituló “De la guerra fría a la guerra sucia”, y partía de mi experiencia como latinoamericano; desconcertó y fue discutido epistolarmente dentro del espíritu de comprensión de la SEC, que recordó Michelle Campagnolo. Fui invitado pocos meses después a la reunión de la SEC en la Unión Soviética; ya estaba en marcha la desarticulación de la misma que culminaría el mismo 1991 con la destitución de Mijail Gorbachov. Era el principio de la guerra sucia de la que hablé en Padua, guerra que conocemos bien los latinoamericanos y cuya esencia el argentino Alfredo Astiz expresó recientemente con cinismo. Fue allí en la Argentina donde se acuñó el término de *guerra sucia*.

La globalización de lo humano, de los valores que se perfilaban, se presentó ya como desarticulación y disgregación de las más altas expresiones del mismo. El problema ya no es rechazar la división del mundo en dos bloques, sino rechazar su atomización. Campagnolo enfrentó los problemas de la guerra fría, Norberto Bobbio enfrenta los de la sucia. En su hermoso libro *De senectute* escribe: “Yo soy un demócrata convencido, hasta el punto de seguir defendiendo la democracia, aun cuando sea insuficiente, corrupta y corra el riesgo de precipitarse en los extremos de la guerra de todos contra todos o del orden impuesto desde arriba. La democracia es el lugar donde los extremistas no prevalecen y si lo hacen se acaba la democracia. Ésta es también la razón de que las alas extremas de una política pluralista, la izquierda y la derecha, estén unidas por el odio a la democracia, aunque por razones opuestas”.

En la guerra fría se mantuvo la paz con la amenaza de la guerra, el equilibrio del terror. Pero, a su vez, dentro de cada potencia, con mayor o menor brutalidad, en el propio pueblo y los que estaban bajo su hegemonía, se impuso la guerra sucia, uniendo al temor el odio. El odio en que se presenta a los otros como culpables de los frustrados anhelos de unos hombres, sus resentimientos y protagonismos. Y con ello la búsqueda de lo que puede anular lo que se considera el origen de los mismos. En los extremismos la frustración, la envidia, el rencor y el protagonismo y como salida el odio a lo que sea contrario al sistema.

En 1995, después de una reunión de la SEC en Venecia, fui a Grecia y de allí a Turquía. En Estambul, un joven guía, que nos acompañó a mi esposa y a mí a Troya, al conocer mi oficio me expresó sus ideas sobre el mundo, ideas que me aterraron: “Ya terminó la guerra fría —me dijo— basada en la amenaza de la guerra atómica. Guerra total con muerte súbita, basta una bomba y ardemos o nos asfixiamos todos casi sin darnos cuenta; lo malo será para los supervivientes. Pero ahora se inicia otra guerra en la que participamos conscientes. Empieza por el rumor, ampliado por los medios de comunicación, que nos va haciendo desconfiados de nuestros viejos vecinos, de nuestros amigos y familiares. Se empieza a dudar de ellos, a sentir rencor, como ellos por mí, como se está viendo en Bosnia-Herzegovina”.

Esto es lo que los latinoamericanos llamamos guerra sucia, que se da en cualquier parte del mundo al terminar la guerra fría. Provocada por los extremistas que buscan a quién culpar de supuestos agravios, para así no sólo anular el sistema que les permite paradójicamente participar, sino todo lo que represente un valor del que se sienten excluidos. Por ello hurgan, buscan con rencoroso ahínco antecedentes de este o aquel destacado personaje que piensan que no les ha permitido destacar. En los regímenes totalitarios son gentes semejantes las que hacen denuncias que satisfagan sus odios. Un crítico europeo, Denos Duvlo, habla de crímenes de odio en Estados Unidos, y sus observaciones son válidas también para Europa y otros lugares del mundo: “Un nuevo tipo de delito se extiende en los Estados Unidos: el crimen de odio, miembros de comunidades étnicas, religiosas, sexuales, nacionales y sociales sufren agresiones sólo porque no pertenecen real o supuestamente a una comunidad. Se trata de una nueva forma de delincuencia que revela la profundidad de la crisis de identidad de un país donde el Estado ha aceptado transferir la misión cívica de la cohesión social a las castas”.

Nobles causas, como la defensa de los derechos humanos, dan origen a ávidos inquisidores que buscan, señalan y acosan a supuestos violadores de esos derechos, personas o pueblos. El antropólogo español Pedro Pitarch habla de lo que sucede en Chiapas, que ha alcanzado nivel internacional: “En el estado de Chiapas hay una intoxicación informática, alentada por fuerzas extremistas. Hay interés por mantener el estado de incompreensión. No se escucha la voz de los indígenas, sino de gente que hace de ellos un capital simbólico de poder [...] Se tiende a negociar posiciones y espacios

de poder [a poner] en boca de los indígenas lo que nosotros queremos oír. Sólo en este estado nebuloso podemos seguir proyectando nuestros infiernos o nuestras utopías”. Llega así gente de todo el mundo para proyectar sus propios resentimientos, frustraciones y anhelos. Esto es guerra sucia, la misma guerra que impusieron el fascismo y el nazismo para mantener su propio orden en sus países y en los países que ocupaban.

La guerra fría tuvo dos caras, la externa en la que el miedo a la destrucción atómica mantuvo el equilibrio de la paz al borde de la guerra, y la interna para mantener el orden de la guerra fría sobre sus propios pueblos y los que estaban bajo su hegemonía. La guerra fría se sirvió del horror de la guerra sucia, como sucede en América Latina, en Europa y en los países que estaban bajo la hegemonía soviética. Gore Vidal, crítico estadounidense, nos relata cómo se inició la guerra fría en 1947 bajo el gobierno del presidente Harry Truman. Éste hizo aprobar la Ley de Seguridad Nacional contra su antiguo aliado, la Unión Soviética. “Había terminado la guerra, sin embargo los medios de comunicación estadounidenses preparaban a los estadounidenses para el gran desencanto”. Dice Vidal: “De la noche a la mañana tuvimos que hacer frente a elevados impuestos sobre la renta, los más elevados de la historia, para pagar el costo de otra guerra, incluida la bomba nuclear. ¿Por qué? ¡Porque vienen los rusos!, se nos dijo. ¿Pero no tienen éstos casi todo el país destruido y a sus habitantes sufriendo el costo de la guerra? Pero esto no se podía preguntar. El control de los ciudadanos sería total. Era un estado de guerra permanente con juramentos de lealtad a la Nación y al Ejecutivo”. El senador McCarthy se encargaba de enjuiciar a los traidores a la patria. La respuesta soviética fue aún más brutal, y lo que se impuso internamente se impondrá externamente. Así, viejas demandas nacionalistas latinoamericanas, como el derecho a la autodeterminación y a la no intervención, fueron enfocadas dentro de la guerra fría, vistas como expresión del comunismo a combatir, como ataque a la seguridad de la nación y el orden de los pueblos bajo su hegemonía.

Esto terminó en 1989 y con ello se hizo patente la posibilidad de una comunidad universal que integrara a los pueblos de la tierra en la diversidad de sus expresiones raciales y culturales. Pero la resistencia a esta posibilidad, lejos de poner fin a la guerra sucia, la extendió como amenaza aún más mortífera que la atómica. Guerra originada, estimulada y provocada dentro de la misma mente de los hombres para que se aniquilen los unos a los otros. Guerra

sucia que se volverá incluso contra las mismas fuentes de poder que la provocaban.

Esta suciedad se ha expresado al nivel mismo de la política internacional, anulando la posibilidad de una paz que no descansa en la guerra. En Estados Unidos, ya sin la protección que daba la guerra fría, la figura presidencial ha dejado de ser respetada y es objeto de las más brutales agresiones, una vez que esto ha dejado de ser traición a la patria. Es el caso del presidente William J. Clinton, que no cuenta con el escudo de sus antecesores.

El fin de la guerra fría despertó sin embargo expectativas en los pueblos y gentes una y otra vez marginados. La justicia social podía ser compatible con la libertad, el desarrollo de unos con el desarrollo de los otros. Pero ya en el mismo 1989 afloraron las resistencias a estas posibilidades, lo cual originó la ampliación de la guerra sucia. Se globalizaban las posibilidades para la dignidad del hombre, pero igualmente se globalizarían las resistencias. Los pobres debían seguir siendo pobres y los ricos cada vez más ricos. Norberto Bobbio sabe de esta guerra y escribe sobre sus orígenes: “Ciertamente —dice— uno de los más inquietantes signos negativos es la creciente desigualdad entre países pobres y ricos”. Sin embargo, se da un signo positivo, “la intensidad creciente con que en los foros internacionales se plantea el tema de la protección de los derechos humanos”. Y agrega: “Sólo habrá una paz estable, una paz cuya alternativa no sea la guerra, cuando haya ciudadanos no sólo de este o aquel Estado, sino del mundo, ordenados en un sistema jurídico democrático. La democracia es la sociedad de los ciudadanos. Los súbditos se convierten en ciudadanos cuando se les reconocen los derechos fundamentales”.

Bobbio propone una entidad moral, expresada en un sistema jurídico democrático. Una entidad supranacional que proteja los derechos del hombre o de los ciudadanos. Pero el problema está en quienes concretamente han de integrar esta entidad moral y jurídica supranacional. Una entidad moral y supranacional fue la que se formó al terminar la Segunda Guerra mundial, las Naciones Unidas, para que nunca se repitiesen los horrores de la guerra. En 1948 se aprobó la Declaración de los Derechos Humanos que recoge las declaraciones expresadas en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1776 y los de la Revolución Francesa de 1789, pero supera las abstracciones de las mismas respecto del hombre. El hombre es un ente real, concreto, con un rostro, un cuerpo, una cultura y una religión. Los derechos expresados en la

nueva Declaración eran multirraciales y multiculturales, de forma tal que ningún hombre, en concreto, quedase desprotegido en tales derechos.

La respuesta fue la guerra fría en lo exterior y la sucia en lo interno. Las naciones más fuertes se impusieron a la organización formada para garantizar la paz y con ello la justicia social y la libertad; Bobbio sabe también de esta imposición cuando habla del veto en Naciones Unidas de las grandes potencias que fueron el origen de la guerra fría. Preguntamos entonces ¿es posible una entidad moral o supranacional? ¿Un Estado universal que no descansa en la coerción? ¿Cómo hacer respetar los derechos del hombre en su ineludible diversidad frente a las potencias cuyo poder descansa en el poderoso armamento que les permite vencer al totalitarismo?

Sólo existe un camino que no tiene que ver con un Estado moral supranacional capaz de garantizar los derechos humanos en su diversidad. Una política que no es la política de las fuerzas que defienden o imponen sus intereses como naciones. Es la política que da sentido a la Sociedad Europea de Cultura, la política de la cultura descansa en la capacidad de la razón humana para comprender y hacerse comprender. “La guerra nace en las mentes de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”, dice la UNESCO. Las guerras se implantan en las mentes por el miedo, como en la guerra fría, o el odio, como en la guerra sucia. Lo que hay que imponer en las mentes es la capacidad del hombre para comprender y hacerse comprender. Tampoco se trata de la existencia de organizaciones que defiendan los derechos humanos, sino de que los humanos sepan defenderlos por sí mismos, más allá del miedo y el odio.

Pero difícil, muy difícil será imponer, en la mente de quienes se han impuesto por su capacidad para manipular a sus semejantes, que dejen de hacerlo y pongan fin a la miseria y al dolor. ¡Son los más fuertes, los mejores! ¡Los que no lo son, deben subordinarse a ellos o ser aniquilados! El fin de la guerra fría hizo pensar a quienes poseían los grandes instrumentos de producción que se impondrían sobre los que no los tenían. Con su extraordinaria capacidad para producir, con materias primas que podían reciclar y robots que hicieran mejor el trabajo de los hombres, éstos podrían ser mandados al vacío de la historia sin fin. Se pensó en una gran autarquía occidental, que podía desarrollarse al infinito, sin el trabajo de los colonizados y los marginados.

Pero lo que se ha expresado en la llamada economía de mercado es otra situación: en esta economía los ricos necesitan de los pobres, las grandes potencias de las que no lo son. Son tan extraordinarias la técnica y ciencia occidentales, que se puede producir al infinito, pero estas potencias son incapaces de consumir todo. En esta economía se necesita que sus productos puedan ser consumidos. No se necesita de materias primas ni de mano de obra barata. Lo que ahora ineludiblemente necesitan son consumidores, gente capaz de consumir sus productos para no caer en el vacío. Necesitan un mercado capaz de consumir para continuar el desarrollo sin fin. Se necesita que el pobre deje de serlo, que consuma y produzca y al producir estimule el mercado en una cadena sin fin. En Asia los pueblos hacen suyas las ciencias y técnicas de la producción, originando empleo y con ello capacidad de consumir. La crisis asiática demuestra lo ligada que está la economía actual de estos pueblos con la de los que antes eran sus colonizadores.

Hay que llevar a la mente de los hombres la ineludible relación que guardan unos con otros en el mundo que se está globalizando. Se hace patente un nuevo miedo. El miedo a caer en el vacío económico, de no contar con los otros. El miedo a quedar fuera de ese nuevo orden que haga posible una nación entre naciones y ya no más una nación sobre las naciones y una raza de razas en la que todas las expresiones de lo humano estén presentes. ¿No es ésta la mejor expresión de la llamada política de la cultura en esta nuestra sociedad?